

1922
Diciembre.

SERVICIO DE PUBLICACIONES AGRÍCOLAS
Estas «Hojas» se remiten gratis a quien las pide.

Año XVI.
Núms. 23-24.



MINISTERIO
DE FOMENTO

Hojas divulgadoras

DIRECCIÓN GENERAL DE AGRICULTURA Y MONTES

Selección del ganado lanar,

por SANTOS ARÁN, Inspector
de Higiene y Sanidad pecuarias.

Aun a trueque de que se nos moteje de exclusivistas en materia zootécnica, diremos que, a la cabeza de todos los métodos, debe imperar, en todas las situaciones culturales y económicas, la selección. Es más: debe imperar, no sólo en el orden ganadero, sino también en el agrícola. Así han procedido y proceden los pueblos que figuran a la cabeza de la producción; así debemos proceder nosotros.

¿En qué consiste tal método? ¿Qué ventaja y garantías de éxito podemos prometernos? Esto es lo que vamos a exponer a continuación.

El método no puede ser ni más sencillo, ni más económico. Consiste en mejorar la raza que se explota, sin hacer intervenir otra raza, eligiendo los reproductores en el mismo rebaño, cuidando de que presenten ostensibles los caracteres apetecidos.

Claro está que, al principio, se impone meditar el plan de mejora, estudiar el camino que vamos a seguir, inquirir el punto de origen.

Para más método, expondremos aisladamente cuanto pensamos de la mejora del ganado lanar de España.

Fundamentos selectivos.—Los fundamentos selectivos son: la báscula, el metro y el tiempo, o, dicho de otro modo: el gramo, el centímetro y el segundo. La orientación que debe imprimirse a la selección es: mejorar la conformación, eliminar los cuernos, explotar el ganado blanco.

La báscula.—Mejor dicho, el pesar los animales, es una práctica muy importante en quienes desean mejorar el ganado por selección. Ya sabemos que ello significa molestias; pero ya que no se haga con todo el rebaño, efectúese con aquellos ejemplares sobresalientes que se aislen para constituir el lote que denominaríamos de procreación y fomento.

La báscula pone de relieve cómo se efectúa el aumento de peso en

las diferentes edades, qué alimentos han sido mejor utilizados, qué reses muestran mayor potencia digestiva. Estas condiciones serían muy suficientes si no hubiese otras muchas que demuestran la utilidad que presta en una explotación un medio fácil, cómodo y exacto de pesar.

Aunque hablamos de la báscula, lo hacemos en sentido metafórico; mejor dicho, refiriéndonos al peso de los animales y su frecuente comprobación.

La báscula, como se indicó, llena utilísimas indicaciones; pero es mejor una romana de trípode, pues de este modo se aprecian hasta las más pequeñas diferencias. Las grandes básculas, muy convenientes para pesar lotes de animales, pueden llegar a pesar con error de medio kilo, utilizadas para pesos pequeños.

Conviene disponer unas hojas, con sus casillas correspondientes, para anotar los pesos de las reses cada ocho, quince o más días, según la frecuencia con que esto quiera hacerse.

El metro.—La mensuración o zoometría proporciona datos de importancia, pues es difícil apreciar de *visu* el volumen del animal en conjunto, y de algunas de sus partes, como, por ejemplo, la cabeza, tórax, extremidades, etc.

Éstas pueden hacerse a gusto del ganadero, pues no se trata de clasificar razas, sino de obtener, con la mayor exactitud posible, el volumen del animal en conjunto y de algunas de sus regiones.

Se aprecia el volumen de la cabeza por cualquiera de los procedimientos geométricos. Se puede obtener midiendo la distancia que media entre el occipital (nuca) y las narices, y dos perímetros, uno al nivel de los cuernos y otro entre los ojos y la comisura de los labios.

Tomados estos datos, eliminamos las que acusan mayor cabeza y nos quedamos con las de menor. Debemos advertir que el volumen se aprecia entre ovejas de la misma edad, es decir, que se agrupan las medidas de las reses de tres años en un folio; las de cuatro, en otro, y las de cinco, en otro.

De lo contrario, no habría lógica, ni uniformidad, si comparáramos la cabeza de una res de cinco años con la de otra de tres, pues se va, precisamente, en busca de las pequeñas diferencias.

La misma operación se repite con los machos.

Después se procede a otro segundo examen para apreciar las que tienen el pecho, tórax o cavidad torácica más ancho y circular, es decir, de costillas más curvas.

Esto conviene hacerlo estando las reses recién esquiladas.

A la vista es posible tal apreciación, pero se alcanza mayor exactitud recurriendo a las mensuraciones en la forma siguiente:

Se toma una cuerda o cinta métrica inextensible, se coloca un extremo en la cruz y se circunda el pecho, haciéndola pasar por detrás de las manos, tocando el esternón y terminando en el extremo que está fijo en la cruz o aguja. Después apreciamos en centímetros la cantidad de aquella que se ha invertido en circundar el tórax.

Se repite la operación en todas las ovejas, como se ha dicho para la cabeza, se anotan y, una vez terminada, retenemos las ovejas y moruecos que han dado mayor cifra, y entre éstas las que acusan mayor igualdad.

Después se procede a apreciar la horizontalidad y amplitud del dorso, la inclinación de la grupa y el espesor de la pierna. Las primeras, sin necesidad de aparatos, aunque existen para ello, y la última, midiendo así: se aprecia la distancia que existe entre el ano y el punto en que se unen los dos muslos. Cuanto mayor sea la distancia, más robusta es la pierna y más apreciados son los trozos que de ella se obtienen.

Como complemento, conviene la apreciación de los animales vistos de frente y de perfil. Perfectamente cuadrado un animal, se tiene noción de su desarrollo por la mayor o menor separación de las extremidades.

Estas ocupan los vértices de un rectángulo, y debe aspirarse a que la separación de las manos tienda a igualar la que existe entre un bípedo lateral, es decir, entre un pie y una mano del mismo lado.

También se debe averiguar la relación o proporción que existe entre el perímetro torácico y el perímetro de la caña. En los animales bien conformados para la producción de carne no debe ser mayor a 1 : 10.

Cuanto más delgada es la caña, más fino y denso resulta el esqueleto, y, por consiguiente, es también mayor el peso neto o cantidad de carne, en proporción con el hueso, piel, despojo, etc.

Mas resulta que, según el sistema de explotación, así varía la relación o proporción indicada. Para los animales explotados en sistema de libertad o mixto, hay que tener presente la necesidad de conservar y aun fomentar el aparato locomotor, de modo que será inútil que un ganadero pretenda implantar ganado de patas muy cortas y finas y de tronco amplio en dehesas de escasa flora o en terrenos quebrados, y, en general, siempre que el ganado tenga necesidad de andar mucho en busca de hierba.

El tiempo.—Factor indispensable en todo, su influencia se destaca bien patente en ganadería. Sometidas las medidas de fomento a la evolución o ciclo con que se reproducen animales y vegetales, tiene su límite la acción del hombre para abreviar ese camino.

Los hechos nos dan la demostración. Aparte otras consideraciones que influyen en que sean más variables los animales inferiores o las especies pequeñas, mamíferos o aves, se observa que es en éstos precisamente donde la influencia del hombre ha originado las más variadas formas y aptitudes. Fijémonos en los perros, donde se encuentran razas que, comparadas, más bien parecen especies diferentes, y algo análogo sucede con las razas de gallinas, etc., etc.

En cambio, en los animales domésticos superiores, la lentitud en reproducirse, su fijeza de caracteres, etc., son motivo de que las mejoras se patenticen con lentitud.

Por algo Cornevin, maestro de la Zootecnia, al formular sus

conocidas reglas acerca de la selección, dedicaba una a la perseverancia.

Orientaciones selectivas.—Debe aspirarse a modificar:

a) La conformación de nuestro ganado es defectuosa, si no tenemos en cuenta el método que se sigue para explotarlo. Si lo estudiamos como ganado de sistema libre, le tendremos que reconocer muchos méritos y bellezas, sobre todo a algunos rebaños.

La modificación, en cuanto a la forma, debe tender a corregir el gran volumen de la cabeza, la falta de horizontalidad del dorso, el aplanamiento del tórax, la grupa derribada y el poco espesor de las piernas.

Sabiendo esto, fácilmente se puede llegar a subsanar los defectos.

Aunque los Tratados de explotación del ganado y muchas de las Zootecnias tratan estos asuntos de manera magistral, dividiendo la selección en conservadora y progresiva, nosotros, para hacer más comprensible este estudio, prescindimos de todo comentario acerca de la primera, pues aquí poco tenemos que conservar y sí mucho que progresar.

Ahora pasamos a explicar cómo debe de procederse en esta cuestión, para apreciar dentro del rebaño los ejemplares machos y hembras utilizables para la reproducción.

Primero, eliminando las ovejas viejas, porque hemos averiguado que transforman menos alimentos, dan poca leche y hasta se hástían de criar. Esto tiene mucha importancia, pues por buena conformación o vará—como dicen los prácticos—que tengan el padre y la madre, si no proporciona ésta abundante leche para el corderillo, nunca tendrá cualidades sobresalientes. Formado el rebaño de ovejas, cuya edad oscile entre dos y cuatro años, procedemos a practicar mensuraciones.

b) La eliminación de cuernos es sencillísima: se reduce a rechazar todo reproductor que tenga cuernos. Claro que ello no evita en absoluto el nacimiento de ejemplares que los posean; pero a medida que persiste la selección con esta tendencia, disminuyen los animales armados; a muchos les parece poco menos que ridículo este proceder, pero nosotros lo razonamos en pocas palabras. Obedece a una finalidad económica importante. Los cuernos, como todas las regiones del organismo, se nutren y consumen parte de la ración que toman los animales. Haciendo estudios comparativos, deducidos de la composición química de los cuernos y de la carne, se llega a esta conclusión. Los principios invertidos en la composición de dos cuernos de medianas dimensiones corresponden a 4 kilogramos de carne, por lo menos, que, a 1,50 pesetas, valen 6 pesetas, y para las 16.119.051 cabezas de ganado lanar de España, suponiendo con cuernos, por lo menos, la tercera parte de las reses, la cantidad se eleva a 32 millones y pico de pesetas. Cantidad que se pierde inútilmente y que debiera formar parte del patrimonio de nuestros ganaderos.

Se dirá que también los cuernos tienen valor y aplicaciones; pero

no hay posible comparación entre el valor de éstos y el de la carne.

Además de este punto de vista económico, se puede ninvocar en favor de la supresión la facilidad con que se producen lesiones, el ser costoso y molesto su transporte, y se ha observado también que los animales armados son más pendencieros que los inermes.

La prueba de su inutilidad la encontramos en la práctica seguida, desde tiempo inmemorial, en todas las cabañas donde se cortan los cuernos por un procedimiento brutal.

c) La eliminación de los vellones negros y la mejora de los mismos también puede alcanzarse por selección. Representa un examen atento y cuidadoso de sus condiciones.

Deben eliminarse de la reproducción todos los ejemplares negros, y luego, entre los blancos, examinarlos detenidamente, pues aunque sean de este color, es muy frecuente que tengan manchitas negras en los labios, paladar, márgenes del ano y partes recubiertas por piel fina.

Tales ejemplares procrean siempre una gran proporción de individuos negros, y, por consiguiente, se rechazarán sin contemplación.

Es verdaderamente lamentable que regiones extensas y muy ganaderas no produzcan apenas un vellón blanco. Tal sucede, por ejemplo, en León, Zamora, parte de Extremadura, Tudela (Navarra), Rioja, Calatayud, Ateca, etc., etc.

El examen de la lana, a nuestro entender, abarca dos operaciones distintas: una, en el animal, y otra, arrancando algunas brinzas y poniéndolas en manos de personas inteligentes, como veterinarios-agrónomos, químicos, etc. Esto si se quiere llevar la selección con escrupulosidad.

En los reproductores machos y hembras cuidaremos de averiguar cuáles tienen el vellón más denso; luego, abriéndolo, se aprecia si la lana está mezclada a pelos bastos o cabrudos, sobre todo en la base de la cola; si es grasa, es decir, untuosa, particularidad debida a la suarda o lanolina que le impregna, y, por último, veremos si todas las regiones están bien pobladas, sin claros ni calvas.

Como es natural, nos quedaremos con los ejemplares de vellón denso, untuoso, desprovisto de pelos cabrudos, y prefiriendo también el formado por mechones cuadrados.

El ganadero cuidadoso puede y debe descender a otros detalles; pero para ello se precisan, como hemos indicado, conocimientos especiales. Arrancando algunas brinzas se aprecia la longitud, el grosor, la resistencia y la forma más o menos ondulada.

Muchos prácticos aprecian, sin necesidad de aparatos, las condiciones de la lana, si bien es verdad que no pueden reemplazar al examen racional hecho en un laboratorio. Con todas estas operaciones se llega a formar un grupo selecto dentro de la colectividad, y tanto más pequeño aquél cuanto más delgado se haya hilado al apreciar la conformación y caracteres de los individuos.

El ganadero no debe transigir en esto. Si de 100 reses sólo quedan como punto de partida 6, 8 ó 10, debe conformarse con ello y no tole-

rar la introducción de ovejas o moruecos de conformación defectuosa. De lo contrario, jamás realizará la mejora.

En esta edición incluimos un capítulo dedicado a la producción de lana, que puede consultar el lector.

Complemento de la selección.—Seleccionando los padres desde el doble punto de vista morfológico y sexual, no hemos terminado ya. Quien tal crea no ha visto jamás un rebaño, ni tiene noción de lo que es la evolución de un individuo.

En la cría y recría de jóvenes es donde se manifiesta con más intensidad la inteligencia del ganadero.

Individuo que se alimenta mal durante su primera fase no desarrolla jamás, o reclama mucho tiempo o cuidados especiales después. Parece como que se atrofia el estómago del corderillo que al nacer, y después, no tiene abundante leche.

Siempre los productos selectos han sido criados recibiendo, además de la leche de la madre, ración suplementaria. En esto, que parece una nimiedad, está la clave para obtener animales de desarrollo rápido y bien conformados.

El criterio que deben seguir los ganaderos es alimentar bien a las madres y averiguar después del parto si tienen leche, no suficiente, sino abundante. La que no tenga mucha no criará buenos productos, y se impone recurrir a la lactancia mixta, o sea mamar de la madre y tomar leche en biberón, que por cierto lo hacen los corderillos sin dificultad.

La oveja que pare dos puede criarlos si es joven y lechera; de lo contrario, no criará más que uno. El otro se da a criar a otra oveja o a una cabra; se vende o se cría en lactancia artificial.

Los ejemplares así criados, de no ser muy sobresalientes, se enajenan.

No conviene el cruzamiento.—Sirviéndose de la selección, el éxito, aunque lento, es seguro, y la mejora se hace muy palpable a la cuarta generación, a no ser que se descuiden los demás factores zootécnicos.

Por la selección, el ganadero hace la raza en su propio medio, y no hay mejor raza que la que cada ganadero se fabrica, si tiene buen criterio selectivo.

Oiréis a muchos hablar del cruzamiento como más ventajoso, y así es alguna vez; pero no lo tengáis en cuenta. Conocemos muchos casos de triunfo con la selección, muy pocos con el cruzamiento, aun llevado a cabo por persona competente. Son todavía muy poco conocidas las leyes de herencia y las afinidades de unas razas con otras para poder caminar seguros.

Aceptaríamos la importación de nuevas razas, si así lo exigiese un cambio radical del problema agrícola, implantando por todas partes cultivos intensivos, agua, abonos y hierro.

Pero mientras esto no suceda, no hay más remedio que caminar despacio y tener razas rústicas que saquen el mayor partido posible de nuestros pastos.

El cruzamiento exige personal técnico que lo lleve a cabo, clima adecuado y recursos alimenticios abundantes. De nada de esto, en general, disponemos, y por eso pensamos que los intentos que se hicieran hoy serían otros tantos fracasos, como lo han sido en épocas anteriores, pues en España no son de ahora las primeras tentativas.

Las razas selectas, sobre todo las inglesas, que son las más difundidas y codiciadas, no convienen a todos ganaderos, por su elevado peso, proporción grande de grasa y gusto a sebo que tiene la carne. Además, carecen de práctica del campo, y habituadas a los extensos y abundantes pastizales ingleses, nuestro suelo les debe parecer el suelo del café, sobre todo en algunas épocas del año. Ni siquiera se molestan en bajar la cabeza para oler las cuatro hierbas medio agostadas que hay en el campo.

Para apreciar el mérito del ganado de nuestras regiones es preciso observarle una y otra vez durante los meses de noviembre hasta enero, y aun hasta marzo y abril, si la primavera es seca. Parece imposible la vida sin otros recursos que los del campo, y, sin embargo, viven, agradeciendo mucho un pequeño pienso por la mañana temprano, antes de salir al aire libre.

Mejor que a practicar el cruzamiento y que a importar razas extranjeras, debemos aspirar a seleccionar, según queda indicado, y a explotar plantas forrajeras y tubérculos y raíces donde sea posible; forrajes de recurso y de secano, donde no se pueda otra cosa.

En lugar de un pienso, calculad todo bien y trabajad por llegar a dar dos y establecer en regla el sistema mixto de explotación. Con ello, nosotros, aun sin autoridad, os garantizamos el éxito.

No es lícito afirmar que tenemos mala ganadería; es mejor de lo que merecemos. Valiera más decir que no tenemos ni agricultura, ni ganadería, hablando en tesis general, aunque algo se ha progresado en esto.

Además, el cruzamiento requiere efectuar desembolsos y disponer de muchísimos alimentos para satisfacer la voracidad de las razas selectas, impedir la degeneración de los productos y, sobre todo, para conservar las resistencias orgánicas; de lo contrario, nos exponemos a que sean pasto de multitud de enfermedades, tanto más mortíferas cuanto más diferente sea el clima en que se explotan.

Los corderillos y la selección.—Sabido es que quienes viven en la proximidad de las poblaciones, con el propósito de vender la leche al natural, y los alejados, con el fin de elaborar queso, sacrifican los corderos muy pronto; a veces, a los pocos días de nacer. Cada propietario, por sí, o por persona de su confianza, procede a determinar las hembras y machos que deben fijarse para reponer bajas, las que se proyecta desechar por viejas, defectuosas, estériles, etc., etc.

Los no versados creerán, acaso, que esto es cosa fácil, y podemos asegurar que no hay nada tan complejo como esta cuestión de seleccionar animales que todavía maman. Tan difícil es, que no puede basarse en ninguno de los aspectos fundamentales de la selección. Aquí

no pueden jugar ni el peso, ni el tiempo, ni la medida. Racionalmente, algo dice el que un corderito pese más que otro, el que sea más largo, el que haya adquirido más desarrollo en igualdad de tiempo; pero ignoramos si ello persistirá después de la lactancia, si sus formas y aparato digestivo se comportarán como esperamos.

Además, piénsese en que no se trata de grandes diferencias. En la práctica, los rebaños tienen cierta igualdad, debido a que se seleccionan en ese sentido, hasta el punto de que, no ya en una región, sino en un pueblo, las ovejas de don Fulano serán grandes o chicas, pero, en su conjunto, iguales, y esa misma igualdad se busca en los machos. Por eso las diferencias en los productos se acusan poquísimo en los jóvenes, hasta que puede manifestarse lo que, en términos científicos, se denomina la individualidad, y ello acontece después de la edad en que generalmente se sacrifican los corderos.

Nuestros ganaderos creemos que no han meditado mucho este asunto, aunque los hay que lamentan las dificultades que experimentan. Unos días antes de la venta empieza la pretendida selección, con frecuentes visitas a los corderos. Los elegidos por la mañana parecen inferiores a la tarde; los buenos hoy, se consideran defectuosos mañana, y, de este modo, el ganadero acaba por dudar de su competencia y hacerlo de cualquier manera.

Como ello está muy íntimamente relacionado con la mejora del lanar, merece que los ganaderos, ya que no se constituyan en Asociaciones locales de selección, se hagan el firme propósito de no hacer una selección definitiva, sino eligiendo animales desde los seis meses en adelante. Es indudable que sería un trastorno dejar todos los corderos y un perjuicio, porque, por hoy, las tendencias son vender cordero precoz o sacrificar los corderos muy pronto, acaso unos cuantos días después del nacimiento, para vender la leche al natural en los grandes centros o transformarla en queso, cuando se está lejos de ellos.

Si alguna pérdida se irrogase dejando un grupo de cabezas hasta los seis u ocho meses para efectuar una selección metódica, por bien empleada podría darla. Claro que el número de cabezas que se deja se debería de estar en relación con el efectivo del rebaño, y, sobre todo, con el número de cabezas que se considerase de necesidad reponer.

La única forma de cruzamiento aceptable. — Nosotros solamente aconsejaríamos el cruzamiento llamado intercurrente, porque es buen complemento de la selección.

Consiste en lo siguiente: suponed que un ganadero ha seleccionado, y, transcurridos cuatro o seis años, observa palpablemente la mejora del ganado; pero ha comprendido la importancia y apoyo indispensable que aquél reclama de la agricultura, y efectúa rotaciones, verifica enmiendas, acomete trabajos de saneamiento, de repoblación forestal y de pastos, abona, selecciona semillas y ara las tierras, encontrándose en pocos años, y efecto de su laboriosidad y aficiones, con que dispone de abundantes hierbas, forrajes, etc.

A uno que desconociese los problemas pecuarios, lo primero que se le ocurriría sería aumentar el número de cabezas, quizá sin otras razones que la de poder ser la casa de Fulano más poderosa, desde el punto de vista ganadero, que la de Zutano, la primera hasta entonces.

Pero es, por el contrario, un ganadero sensato, y en lugar de muchas cabezas, quiere muchos productos, lo cual no es igual, y se dice:

Veamos si es posible que se desarrolle con más rapidez el rebaño o el mejorar la lana. Cuento con alimentos, y tanto para la carne como para la lana suele haber mercado.

Sí, señor; es posible, y con facilidad.

¿Qué quiere usted? ¿Más carne y con más rapidez?

Vea usted cómo. Conocemos los caracteres del ganado que explotamos y debemos buscar otra raza precoz para cruzarla. Lo primero, pues, trataremos de que, por la talla, la conformación, etc., tengan cierta semejanza la raza semirrústica que explotamos y la precoz que vamos a hacer intervenir.

Hecho esto, disponemos nuestras ovejas en la época de la monta y no les damos otros sementales que de raza precoz. Alimentados bien durante la gestación o preñez, continuamos ésta con esmero durante la lactancia, y al año siguiente no nos acordamos más de la raza precoz y volvemos a la nuestra seleccionada.

Los productos han recibido el impulso inicial de la precocidad, merced a una excelente raza precoz; la alimentación racional lo generalizará.

¿Quiere usted más lana y mejor? Pues busque entre las numerosas poblaciones merinas de España la que, por sus proporciones, se asemeje a su ganado, adquiera un número de sementales en proporción al de ovejas que tenga y cruce éstas. Una vez hecha la operación, ni las madres ni los productos deben recibir de nuevo sangre merina, volviendo, por el contrario, a los sementales propios.

Los resultados son siempre favorables, y, de paso, se refresca la sangre.

Como ejemplo citaremos la formación del merino precoz. Durante algún tiempo fué explotada la raza merina tan sólo por la cantidad y finura de la lana. mas en cuanto hubo tendencias a la baja de este producto y al alza de la carne, los productores quisieron conferirle aptitudes para el desarrollo rápido. Sometieron las ovejas a cruzamiento con el Leicester, y luego los mestizos se unieron indefinidamente a moruecos merinos.

Esto ha demostrado, de paso, que no son antagónicas e incompatibles, como se creyó mucho tiempo, la producción de carne y de lana.

Claro es que, consecuentes con nuestro criterio, no aconsejamos a nadie, como medida de carácter general, el importar razas selectas, sino más bien operar con lo que se tiene en el país. Andalucía posee excelentes merinos; la Mancha es famosa, desde tiempo inme-

morial, por el desarrollo de sus reses lanares; Teruel y Extremadura cuentan también con rebaños excelentes; en fin, Castilla ha sido siempre la región de mejores carneros en cuanto a la calidad de la carne.

No vemos, pues, la necesidad de gastar dinero en sementales exóticos, abandonando lo conocido para ir en busca de lo incierto. El progreso en todos los órdenes, pero sobre todo en ganadería, requiere método y estudio detallado, sin obrar a impulsos de la impaciencia ni de acosamientos de los que ofrecen rendimientos estu-
pendos.

Mirad mucho a la tierra, poned en ella cariño y gastad cuanto exige el cultivo moderno. El dinero que en él gastéis repercutirá sobre el rebaño mejor que la sangre extraña.

Esto es lo que puede decirse en tesis general; pero sería cerrar los ojos a la realidad si negásemos que hay ganaderos en España que pueden hacer rápidos progresos con el cruzamiento.

La clave está en saber hacerlos, en orientarse bien y en disponer de pastos.

Haciendo investigaciones sobre este particular, hemos dirigido numerosas consultas a muchos ganaderos que en España han adquirido moruecos precoces.

La generalidad se muestran entusiasmados de los productos que obtienen.

El cruzamiento de Oxford con ovejas merinas del país, ha dado ejemplares superiores. Entre ellos, uno de los más sobresalientes que hemos visto dió, a los treinta meses, 117 kilogramos, y alcanzó la talla de un metro, criado en libertad, sin recibir pienso,

Como en España abundan buenas dehesas, no dudamos que pueden ser muchos también los casos en que se triunfe con el cruzamiento, si hay criterio zootécnico para realizarlo.

La citada raza Shoropshire, la Suffolk y la Oxford, son las mejores. La primera, para cruzar con merino; las otras dos cruzan bien con las razas aragonesa y manchega.

Selección extensa.—Llamamos así a la que se practica, no por un solo propietario, sino por todos los que en una comarca explotan ganado análogo y se comprometen a determinadas reglas y preceptos.

Para que las mejoras ganaderas tengan eficacia, es preciso que el esfuerzo sea colectivo, a fin de borrar prejuicios y asegurar la marcha del progreso. De lo contrario, sucederá siempre lo que sucede ahora, es decir, que existen ganaderos inteligentes bien asesorados por la ciencia y la experiencia. Obtienen beneficios, pero no es posible que la influencia de dos o de tres en cada provincia repercuta sobre la riqueza colectiva de la misma.

Después de convencerse todos de la necesidad de la mejora, y una vez aceptada la selección, se impone crear libros genealógicos, llamados por los ingleses, cuando se trata del ganado lanar, *Flock-Book*.

En ellos se inscriben, primero, todos los reproductores que, a juicio de la Comisión del libro, presenten más ostensibles los caracte-

res y las aptitudes que se buscan, según el standard o tipo de animal modelo.

Después se distribuyen registros de monta para impedir la intromisión de otra sangre, y, por último, la Comisión nombrada al efecto examina en dos épocas diferentes los productos, para inscribir sólo aquellos que tienen buenos caracteres, desechando los defectuosos.

Hay también sanción penal para los contraventores. Por estos libros se conoce, en cualquier momento, la ascendencia de un individuo y sus méritos. viniendo fácilmente a deducir la potencia hereditaria del mismo, dato interesantísimo para marchar con cierta seguridad por el difícil camino de la reproducción.

La raza churra y la selección.—La raza churra reclama, en lo referente a las formas, análogo criterio que las otras razas, si bien como, en general, vive en terrenos más pobres, tiene que andar mucho, y esto influye algo en su conformación. Ahora bien: en lo que afecta a sus funciones económicas, es decir, a la lana, hay que seguir un criterio esencialmente opuesto, según se trate de una o de otra. Se trata de dos productos antagónicos: mucha leche; y ovejas que se ordeñan mucho, dan siempre mala lana. Ovejas de mala lana que no se ordeñan, pueden llegar a dar lana de buena calidad.

De modo que obstinarse en formar rebaños de ordeño que den a la vez abundante y buena lana, nos parece una ilusión.

A nuestro juicio, la raza churra puede mejorarse mucho y ser transformada para que dé buena lana, recurriendo a la raza Lincoln. Esto no es un cruzamiento en realidad, puesto que dicha raza es la churra, mejorada por métodos complejos que han exigido algún tiempo.

Entre los ganaderos españoles sería muy conveniente difundir esta enseñanza y hasta que las autoridades oficiales se ocupasen de demostrar prácticamente sus ventajas. La raza churra, muy necesaria y bien adaptada en ciertas regiones, alcanzaría con esto un aumento considerable de valor.

En cuanto a la producción de leche, la selección es efficacísima, pero requiere mucha constancia para comprobar, con toda la posible frecuencia, el rendimiento de cada oveja.

El procedimiento consiste en separar y marcar aquellas ovejas que ostensiblemente son más lecheras. Luego, cada seis, ocho o diez días se ordeñan aparte, y se toma nota de la cantidad de leche que dan, con lo que al fin de la temporada se sabe perfectamente el mérito de cada oveja en este aspecto.

Luego se guardan las crías y en éstas se sigue el mismo procedimiento. No sólo deben conservarse las corderas, sino los corderos de aquellas ovejas más sobresalientes como lecheras.

No se comprende por qué en el mismo rebaño y ovejas de la misma edad ofrecen tanta diferencia en el rendimiento de leche. Por la selección, algunos ganaderos de la Mancha, que conocemos, han logrado grandes progresos.

En España, el problema es fácil relativamente, puesto que tanto el

ganado churro como el raso, poseen aptitudes lactíferas naturales muy sobresalientes y se fabrica con la leche obtenida muchísimo queso.

Creemos que sería de resultados altamente beneficiosos para los ganaderos la explotación de la raza churra, del mismo modo que hacen los franceses la de la raza Larzac, de fama universal, por ser la que proporciona la leche para elaborar el queso Roquefort.

Muchísimo más pobres y áridos son los llanos de Larzac (Francia) que los pastos de Caparroso Roncal, Roncesvalles, Aragüés, Aisa, Bailo, Ansó, Hecho, Canfranc, Broto, Benasque, Sierras de Guara, Albarracín, Cucalón, y, en general, las regiones y mesetas altas de España, y, sin embargo, obtienen allá, por lo menos, 30 francos anuales de beneficio por cada oveja.

El milagro lo han hecho los pastores de aquel país seleccionando y perdiendo mucho tiempo en el ordeño, a fin de verificar lo que se llama ordeño a fondo, y repetir la operación tres veces al día.

Seleccionando, y con método en el ordeño, han conseguido que cada oveja produzca 55 ó 60 litros de leche, con los cuales fabrican hasta 16 ó 18 kilogramos de queso.

Bien merece la pena que los ganaderos fijen su atención en este hecho, y como medio de desenvolver la industria, sin exponer el capital particular en empresas para las que no estamos habituados, debieran crearse Escuelas de lechería, costeadas por el Estado, las Diputaciones o los Ayuntamientos.

Algo se ha intentado, pero tan a la española, que después de instaladas, no sirven para nada, ni se trabaja en ellas, ni se efectúan las experiencias y labor de cultura, que debe ser su finalidad. Como labor práctica se destaca únicamente la realizada por la Asociación General de Ganaderos.

(Párrafos entresacados de la obra *Ganado lanar y cabrío*, por Santos Arán. Tercera edición, 532 páginas y 137 figuras.)